

Luchar y Amar

Juan: el amigo y el anciano sabio

Anselm Grün



Juan: el amigo y el anciano sabio

Los Evangelios sinópticos nos presentan a Juan como hermano de Santiago e hijo del Zebedeo. Ambos hermanos son denominados hijos del trueno. Pueden mostrarse abiertamente muy agresivos y no reparan en aspirar a los primeros puestos en el reino de Jesús. «Concedéndonos sentarnos uno a tu derecha y otro a tu izquierda en tu gloria» (Mc 10,37). Los otros discípulos se indignan contra los dos que reclaman para sí los primeros puestos. Jesús les plantea la siguiente pregunta:

«¿Podéis beber la copa de amargura que yo he de beber o ser bautizados con el bautismo con que yo voy a ser bautizado?». Ellos responden: «Podemos» (Mc 10,38). Son, pues, conscientes de lo que dicen. Confían en poder recorrer el mismo camino de dolor que Jesús y en no echarse atrás ante la muerte.

El Evangelio de Juan, que según la antigua tradición de la Iglesia se remonta al hijo del Zebedeo, nos habla del discípulo al que Jesús amaba. Es verdad que no dice cómo se llamaba este discípulo amado por Jesús, pero la tradición lo identificó con Juan. Aunque esto sea hoy discutido, yo lo acepto aquí de acuerdo con esa tradición espiritual de Juan como el discípulo amado. Al menos, este discípulo amado es claramente el hombre de garantía al que remite el Evangelio de Juan. Y tanto del Evangelio como de las Cartas de Juan se puede deducir cómo pensaba y sentía este discípulo. No es sólo el discípulo al que Jesús amaba. Escribe además una y otra vez sobre el amor.

Los exegetas piensan que el discípulo amado es uno de los dos discípulos que primero recibieron la llamada de Jesús. Juan el Bautista les mostró a Jesús, y Jesús les preguntó: «¿Qué buscáis? Ellos contestaron: Rabí-que significa Maestro-, ¿dónde vives? El les respondió: Venid y lo veréis. Se fueron con él, vieron dónde vivía y pasaron con él aquel día. Eran como las cuatro de la tarde» (Jn 1,38-39). Todas las palabras de este relato de vocación están llenas de misterio. Lo que a los dos discípulos les interesa no es sólo el lugar geográfico donde Jesús vive, sino su verdadera morada, que es el Padre. Las preguntas «¿de dónde vienes?, ¿dónde vives?, ¿dónde está tu casa?, ¿quién eres tú?» son fundamentales en el Evangelio de Juan. Sin responder a estas preguntas, nadie logra conocer su verdadera identidad. Jesús dice a los discípulos: «¡Venid y lo veréis!». Quiere enseñarles, el verdadero ver. Han de mirar más allá de las cosas. Han de ver lo genuino, el auténtico ser de las cosas. Para esto han de dejar a un lado lo que hasta ahora atraía su atención. Han de dejarse a sí mismos e ir con él. Cuando ellos ven dónde vive y de dónde viene, no contemplan ya solamente el ser de Jesús, sino también el misterio del hombre y el misterio de Dios. Cuando contemplan a Jesús, perciben su ser, perciben que viene de Dios y que está en Dios. Y reconocen en Jesús quiénes son ellos mismos. Reconocen que también ellos tienen un origen divino. Los discípulos se quedan con él. Era más o menos la hora décima. Diez es el número de la plenitud. Mientras permanecen con Jesús, llegan a ser ellos mismos. Lo múltiple en ellos queda unificado y consiguen estar al unísono con su verdadero ser. El discípulo amado es presentado en todo el Evangelio como el que «ve», el que contempla en profundidad, el que reconoce el misterio de Jesús.

Un papel importante juega el discípulo amado en la pasión y resurrección de Jesús. En

Luchar y Amar

Juan: el amigo y el anciano sabio



Anselm Grün

la última cena se dice de él: «Uno de ellos, el discípulo al que él tanto quería, estaba recostado a la mesa sobre el pecho de Jesús» (Jn 13,23). Jesús había anunciado que uno le traicionaría. Esto deja perplejos a los discípulos. Por eso, Pedro le hace señas al discípulo amado «para que le preguntase a quién se refería. Entonces, el discípulo que estaba recostado sobre el pecho de Jesús le preguntó: Señor, ¿quién es?» (jn 13,24-25). Esta escena inspiró en la Edad media a muchos artistas el llamado «amor de Juan». Juan es representado descansando en el pecho de Jesús o apoyando su cabeza en el regazo de él. Es la representación de un amor entrañable entre ambos, la representación de una amistad íntima entre dos hombres. Uno descansa en el otro. Jesús tiene a veces puesta su mano cariñosamente sobre la cabeza de Juan. A los hombres les resulta siempre difícil mostrar sus sentimientos. La representación del amor de Juan ha animado a muchos a manifestar y a preservar sus más íntimos sentimientos de amistad. En la Edad media, el amor de Juan fue un tema de la mística. Estas representaciones pueden hoy alentar a muchos hombres a aceptar con gratitud su amor hacia otro hombre y a vivir ese amor como un lugar donde se vislumbra el amor de Dios.

Bajo la cruz, Juan está junto a María, la madre de Jesús. «Jesús, al ver a su madre y, junto a ella, al discípulo que él tanto quería, dijo a su madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo. Después dijo al discípulo: Ahí tienes a tu madre. Y desde aquel momento, el discípulo la recibió como suya» (Jn 19,26-27). Los exegetas han desarrollado sobre esta escena las más diversas interpretaciones. La mayoría de ellos está de acuerdo en que es una escena simbólica. El Evangelio de Juan describe al comienzo de la obra de Jesús las bodas de Cana. La encarnación de Dios en Jesús significa que Dios celebra sus bodas con el hombre, transformando así nuestra vida. Nuestra insípida agua se convierte en vino. Adquiere un nuevo sabor. La cruz es para Juan la consumación de las bodas, La palabra griega *télos*, que es la que emplea siempre Juan en la descripción de la cruz, no significa sólo «consumación, objetivo, cumplimiento»; significa también «boda». En la cruz llegan a cumplimiento las bodas entre Dios y el hombre, ya que Jesús llena de vida divina y de amor divino todo lo humano, incluida la muerte, y así lo inserta todo en la unión con Dios. Y en la cruz celebra también el hombre su boda, su alianza, con todo lo que hasta entonces estaba disgregado en él. Hombre y mujer, *animus* y *anima*, quedan unidos bajo la cruz. El hombre se hace pleno, llega a su perfección, llega a su plenitud. Celebra las bodas con su *anima*. Juan recibe a María «como suya» (*eis tá ídia*). Se convierte para él en algo propio, pasa a ser algo suyo, una sola cosa con él.

Las escenas de mujeres son siempre en el Evangelio de Juan escenas de amor. María es la fuente del amor. En María, Juan ha de recibir el amor en su casa, en lo más profundo de su corazón. El hombre se capacita para el verdadero amor sólo cuando entra en contacto con el *anima*, con la fuente de su capacidad de amor.

El discípulo amado juega también un papel importante en la resurrección de Jesús. Se nos narra en primer lugar la carrera pascual entre Pedro y Juan. María Magdalena había anunciado a los discípulos que se habían llevado del sepulcro al Señor. El discípulo amado es más rápido que Pedro. Pero en el sepulcro deja a Pedro la prioridad. Mientras que Pedro solamente ve lo que hay, sin comprenderlo, de Juan se dice: «Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero. Vio y creyó» (Jn 20,8). Creer significa aquí: ver lo verdadero, lo que explica todo; percibir el misterio. El encuentro de María Magdalena con el Resucitado es una historia-de amor. Juan la describe conscientemente sobre el trasfondo del Cantar de los Cantares. En esta historia de amor, el discípulo amado juega un papel

Luchar y Amar

Juan: el amigo y el anciano sabio

Anselm Grün



fundamental. El ve y cree. Entiende lo que significa la resurrección: la victoria del amor sobre la muerte.

También en el llamado «epílogo del Evangelio» juega el discípulo amado un papel importante. Es uno de los siete discípulos que, a instancias de Pedro, pasan toda la noche pescando. Cuando después, a la orden del hombre que se encuentra en la orilla, echan otra vez la red y apenas pueden sacarla por la cantidad de peces capturados, el discípulo amado es de nuevo el que ve y cree: «Entonces, el discípulo a quien Jesús tanto quería le dijo a Pedro: ¡Es el Señor!» (Jn 21,7). Juan reconoce la situación. El, que está lleno de amor, reconoce al que es el amor: Jesús, el Resucitado. En la última escena del Evangelio aparecen una vez más Pedro y el discípulo amado. Pedro pregunta a Jesús por el camino y el destino del discípulo amado. Jesús le responde: «Si yo quiero que permanezca hasta que yo vuelva, a ti ¿qué?» (Jn 21,22). Normalmente se traduce así: «que él permanezca hasta mi vuelta». Pero la traducción correcta de la expresión *heos érchomai* sería: «mientras yo voy». Con esta frase Jesús quiere describir el modo de seguimiento del discípulo amado. El es sencillamente el que permanece mientras Cristo va a él de manera mística. El discípulo amado sigue a Jesús de un modo distinto a Pedro, que ha de transformar el mundo con su actividad. Juan es aquel que en todo momento está abierto a Cristo, que va a él para morar en él. El discípulo al que Jesús ama y que está lleno de amor no necesita hacer muchas cosas de cara al exterior. El transforma el mundo como místico, como alguien que permite entrar a Dios en su corazón y que deja espacio dentro de sí para el amor. Quien descansó en el pecho de Jesús vive ahora, incluso después de su muerte, como uno que mantiene abierto su corazón para él, de modo que en cualquier momento pueda entrar y habitar en él. Vive en comunión con aquel a quien ama. Esto da a su existencia un sabor especial, el sabor del amor y la ternura, de la atención y el cuidado.

En Juan, el discípulo amado, los hombres aprenden el secreto de la amistad. La amistad es sin duda uno de los bienes más preciados que los hombres pueden experimentar en el camino de su realización como hombres. Desde siempre han cantado los hombres el elogio de la amistad. El Evangelio de Juan es uno de los testimonios más hermosos sobre el secreto de la amistad. Jesús dice al despedirse de sus discípulos: «No existe mayor amor que dar la vida por los amigos. Vosotros sois mis amigos, sí hacéis lo que yo os mando. En adelante, ya no os llamaré siervos, porque el siervo no conoce los pensamientos de su señor. Desde ahora os llamo amigos, porque os he dado a conocer todo lo que oí de mi Padre» (Jn 15,13-15). En estas palabras nos desvela Jesús la esencia de la amistad. El verdadero amigo se entrega por su amigo, si es necesario, hasta la muerte. No utiliza al amigo en su provecho, sino que se entrega a favor de él. De manera similar pensaban los griegos, para quienes la esencia de la amistad estaba en la disposición a inmolarse por completo a favor del otro, incluso hasta dar la vida. Y a la amistad pertenece la intimidad, la sinceridad, el compartir con el otro todo lo que pasa por el corazón. En la amistad entre Jesús y Juan podemos percibir que Jesús le abre su corazón de hombre. No se encierra en su ser divino, sino que le abre su corazón y permite al amigo contemplarlo por dentro.

El amor hacia una mujer hechiza al hombre, siendo esto algo que forma parte de su ser. Pero también la amistad forma parte del hombre maduro. Hay hombres que sólo se dejan asombrar por las mujeres, pero que son incapaces de entablar una amistad con hombres. Sospechamos que a tales hombres les falta algo esencial. La amistad entre hombres tiene un valor propio. Muchos hombres están en continua rivalidad con los demás. Sienten a flor de piel la necesidad constante de defenderse y justificarse. Quien se embarca en la amistad

Luchar y Amar



Juan: el amigo y el anciano sabio

Anselm Grün

renuncia a afirmar su posición. Abre su corazón y se hace así vulnerable. No repara en dar a conocer sus sentimientos. Va incondicionalmente con el otro. Se muestra confiado y digno de confianza. Estos son valores que caracterizan al hombre maduro. La capacidad de amistad es un criterio esencial para medir la madurez de un hombre. Juan, que descansa en el pecho de Jesús, invita a todo hombre a no refrenar sus sentimientos afectuosos y a emprender el camino de la amistad, que les conducirá a la verdadera belleza de ser hombres.

Finalmente, en el discípulo amado yo divisó todavía otra imagen que me parece importante: la del anciano sabio. El Evangelio de Juan fue escrito en torno al año 100. El discípulo amado era ya un anciano. La leyenda dice sobre él que siempre repetía lo mismo: «Hijos, amaos los unos a los otros». Juan es para mí un modelo del anciano cargado de sabiduría. Cuando un hombre llega a una ancianidad sabia, irradia seguridad y ternura. Se sienta, y a su alrededor se sientan los demás. No habla mucho, Pero lo que dice, lo dice desde la sabiduría y la amplia experiencia. Está ya más allá de todo estrecho dogmatismo. Está en armonía consigo mismo y con la vida. Ha experimentado en su propia carne todas las alturas y profundidades del ser humano. Ahora contempla todo con una mirada dulce. Destella una luz otoñal, una luz suave que ilumina todo lo que él ofrece.' Estos ancianos sabios indican la meta de nuestra realización como hombres. Pero no deja de haber también muchas imágenes distorsionadas de la ancianidad. Está el hombre insatisfecho y siempre remolón, o el anciano que no quiere renunciar a su juventud. Otros ancianos no hacen más que hablar del pasado. Fue el único tiempo en el que ellos realmente vivieron. C. G. Jung habla de los «patéticos ancianos que siempre tienen que desenterrar sus tiempos de estudiantes y que sólo pueden apagar la llama de la vida pensando en sus epopeyas homéricas, pero que en lo demás están fosilizados en un filisteísmo sin esperanza»¹.

En la década de 1980 se habló en la Iglesia alemana de los ancianos enojados. Se pensaba en teólogos como Kari Rahner y Heinrich Fries. Estos hombres, que no tenían ya nada que perder, no repararon en manifestarse públicamente contra el dogmatismo romano. El anciano enojado tiene sin duda una importante función tanto en la Iglesia como en la sociedad. Pero para mí no es esta la meta del viaje hacia la plena realización de la masculinidad. El objetivo es el anciano sabio, capaz de sobrepasar incluso los conflictos dentro de la Iglesia y de la sociedad. Puede llamar a los problemas por su nombre. Pero cuando dice la verdad, esta no suena ya a mordaz ni a enojada. Uno presiente más bien que, efectivamente, así es. Y en toda verdad siempre se deja sentir también la sabiduría. La palabra latina de donde viene sabiduría es «sapientia». Sabio es aquel que ha saboreado la vida, que conoce el sabor de la vida. Aunque la vida tenga a veces un sabor amargo, en el anciano sabio ha adquirido ya un nuevo sabor, un sabor dulce. La palabra alemana (Weisheit) viene del verbo latino *vidi*, que significa ver.

Sabio es el que ve las cosas desde la base, el que traspasa las apariencias para ver la realidad. En todo es capaz de ver al mismo Dios. Por eso se siente tranquilo, porque los juegos humanos de poder no son lo definitivo. Por debajo de toda injusticia y maldad, él dirige su mirada a la base, y allí ve a Dios en acción, capaz de transformarlo todo. Hombres

¹ C. G. Jung, Gw 8, Olten 1971, 455

Luchar y Amar

Juan: el amigo y el anciano sabio

Anselm Grün

así, ancianos sabios, necesita hoy nuestra Iglesia y nuestra sociedad con más urgencia que nunca.

